

Nos dividistes en grupos, maestro, con uno de los tuyos al frente lo mismo que en un cuartel.

.....

Ah, yo en tanto, cuántas veces con los labios apretados pronuncie tu nombre mordiendo una maldición.

¿Cómo no acordarme? si hasta las letras me salían desiguales

.....

Ahora que voy entendiendo algo de las cosas de este mundo observo que todo está hecho así.

Hasta Dios, el Dios omnipotente que en la infancia se nos dijo, posee una infinita bondad,

tiene divididos en desventurados y elegidos a los hombres, fruto de su creación.

Y tú, maestro, que eres átomo de esa obra no te discuto, tuvistes razón al dividirnos en privilegiados y anónimos,

como buena imagen de Dios nuestro Señor.

.....

Ya el mundo está cansado de dar vueltas por el mismo camino y con el mismo Dios.

Necesita hoy deshacerse de él. El Sol quiere traernos una aurora donde se lave la Humanidad como se lavan los niños la cara, cuando no han leído la palabra «pecado» en los textos de religión.

Que continúe Alejandro Manco-Campos desenvolviéndose en esta tendencia, es lo que esperamos porque creemos que será un buen representante de ella.—A. T.



MISTERIO Y SUPERCHERÍA.

Este año me ha tocado leer para una Editorial no menos de media docena de manuscritos que tienen por tema dominante

las leyendas y supersticiones del folklore chileno. Hartos de naturalismo, nuestros cuentistas y novelistas tuercen sus pasos hacia esos rincones inexplorados del ambiente popular donde se aposenta la telaraña de las supersticiones, husmeando en ese amasijo de terrores y anhelos inarticulados que fluye por igual de la credulidad y la malicia del vulgo. Y mientras razas mejor dotadas que la nuestra pudieron sublimar las consejas de sus pastores y navegantes en una aparatosa Mitología, nuestra fantasía criolla, mucho más apocada, se contenta con urdir estrafalarias aventuras de entierros, ánimas en pena, brujerías y apariciones del diablo. Ahí van ahora nuestros escritores a sorprender como al descuido el fondo íntimo de esta mentalidad que los hombres de ciencia llaman anticientífica, y que, acaso por esto mismo, resulta más humana.

Pero ocurre que el concepto mismo de la ciencia va cambiando en las personas que se tienen por cultas. Al ojo superficial de la gente, la química moderna va aventajando a la alquimia medioeval en sus demostraciones, y la física se adentra en los dominios de la metafísica. La teoría molecular deshizo los sólidos, y la descomposición del átomo convierte ahora cada organismo en un universo. Las ondas eléctricas en que cabalga la radiotelegrafía son equiparadas por muchos a los mensajes premonitorios. Comienza a estudiarse asiduamente el misterio, y no solamente el fenómeno en sí, sino también la práctica de esas nociones en forma de magia, o lo que sea.

Y lo que se supone que hacen los hombres de ciencia en sus laboratorios, lo repiten esos exploradores que registran cada día con más frecuencia en sus diarios de viaje casos de sugestión a distancia, de desdoblamiento o de adivinación, que presenciaron con sus propios ojos en Haití, en el Congo o en el Tibet. Uno lee esos voluminosos libros escritos por coroneles ingleses o por profesores norteamericanos, con aditamento de mapas y fotografías tomadas *in situ*, y siente helarse la sonrisa de incredulidad que, por hábito, nos asomaba ya a la cara.

Así, cuando vimos que la voz humana podía volar por los espacios con la velocidad de la luz, cuando se nos dijo que la luz misma podía ser cambiada en sonido, y viceversa, por intermedio de la electricidad; cuando oímos que los microbios podían aposentar en su corpúsculo invisible infinidad de parásitos, entonces comenzamos a creer algo menos en todo y a admitir al mismo tiempo que todo es posible...

* * *

La novela de Januario Espinosa «Pillán» (1), no es, propiamente hablando, una novela del Misterio, de lo esotérico, como ya se dice vulgarmente. En «Pillán» se bordea lo misterioso, para llegar finalmente a explicarlo, o mejor dicho a mostrarlo desvanecerse. De haberlo querido, el autor pudo pintar por ciertos los horrores que cuentan, por lo común como habiendo acaecido fuera del radio de su experiencia personal, innumerables narradores de tertulia campesina, en vendimias, mingacos y velorios. Pero mi amigo Januario es un escritor de conciencia escrupulosa y prefiere ceñirse a su temperamento de novelista documental. Por eso sus personajes «cuentan» cosas, como si nada extraordinario les ocurriera mientras están bajo la observación directa de su creador.

El género es de esos que piden con insistencia un tratamiento humorístico. Kipling y Chekoff hicieron un gran despliegue de apariencias sobrenaturales con el fin de hacer más grotesco el contraste de la explicación real de los fenómenos. En efecto, la causa de las más escalofriantes alucinaciones visuales o auditivas suele estar en alguna sábana que se dejó tendida al sereno o en un ratón que roe un tabique. Con todo esto, nuestro autor tuvo por más acertado para sus fines mantener una imparcialidad científica, dejando en suspenso lo que no podía razonablemente

(1) «Pillán», Editorial Ercilla, Santiago, 1934.

explicar. Misterios aparte, las gentes de pueblo están pintadas en la novela de *Januario Espinosa* con esa verdad tan suya, que se complace en historiar los quehaceres menudos y los empleos rutinarios. La narración corre pareja, en tono familiar, haciendo revivir para el lector urbano ese mundo más calmoso, hecho de vida subconsciente y de aspiraciones irrealizables, de la vida poblana.

Por otra parte, su conciencia de radical de fila y de novelista experimental no le permitía a *Januario Espinosa* admitir seriamente la creencia en el diablo; y *Pillán* se venga de él a su modo. El diablo es uno de los personajes que dejan más huella en la novela. El menos docto sería capaz de reconocerlo en seguida, porque el diablo tiene la maña de disfrazarse adonde vaya con los arreos nacionales, y así lleva poncho y pantalón ajustado en Chile y seguramente coleta y zapatos de punta caracoleada en la Gran China. Y ya se sabe que las supersticiones y la religión tienen esto de común: que ambas están empapadas en los sentimientos y las costumbres de ciertas regiones y de ciertas generaciones, de donde proviene precisamente lo que las hace igualmente comunicativas, pueriles y persistentes.

En esas regiones del Sur donde se supone que ocurre todo lo que pasa en esta novela, el diablo y su cría están muy teñidos de influencia araucana. *Pillán* no es pues entre esas gentes un mero foragido celestial, una criatura fuera de la ley de Dios. Los pueblos primitivos tienen otra filosofía, sutil y prudente a la vez. Para ellos *Pillán* es un malhechor invencible, que no hay para qué hostilizar, sino que por el contrario, es menester propiciar con agasajos de toda laya. «Puesto que Dios es la bondad misma, según cuenta el padre misionero—piensan ellos, y piensan bien,—no hay para qué preocuparse de lo que haga *Taita Dios*; es a *Pillán* al que hay que tener grato, para que no sucumba a las tentaciones de hacernos daño.

Sin embargo, uno no necesita estudiar teología para saber que el diablo prefiere humanizarse para los trabajos menudos,

soplando algunas bocanadas de su espíritu maligno y juguetón en individuos de apariencia muy casta o de espíritu muy simple. Las muchachas que llegan a la pubertad están entre sus preferidas. No siempre son pasiones sensuales las que les sopla el demonio a esas muchachas. Yo mismo recuerdo casos ocurridos en mi pueblo, en que la malicia del demonio se escudaba bajo la apariencia de una de esas criaturas retardadas, que la caridad popular califica con el dictado de «inocentes».

Una de estas chiquillas simplonas es entregada a una vieja del pueblo, que vive del mate y de alguna garrita de carne que compra los domingos; pero que, como la mayoría de los pobres, encuentra la manera de tener a alguien más pobre que ella para los quehaceres del rancho, o por lo menos una criatura desamparada «para los mandados». Como la ración es poca y las reconvencciones y hasta los pellizcos menudean con exceso, va formándose en la conciencia turbia de la «inocente» como una imagen refleja de la tradición familiar, que le manda invocar la ayuda de los espíritus para vencer en la desigual porfía con su patrona.

Ella no se atrevería a declararle redondamente que no hará lo que le manda; porque la escoba está siempre a la mano, ni tampoco se atrevería a confesar que rompió un plato contra el borde del balde en que los lavaba. Pero, y si asegura que *el duende* le tiró al suelo la comida con fuente y todo, o que fué a dejarle el lavado, cuando estaba a punto de almidonarlo, encima del mojinete del rancho, la vieja gruñona no tendrá más remedio que creerle. Está bien que a ella su patrona la llame *huacha aparecida*, ingratonaza; pero cuando sepa que los duendes andan metidos en el asunto, la chiquilla no será castigada, sino que por el contrario, pasará a ser algo importante. La gente de campo, hasta la más ignorante, sabe que no hay criatura más traviesa que un duende; en realidad, que todas las bromas pesadas se les ocurren a los duendes, y que buscan siempre a un pobre inocente para consumarlas. Nuestra sirvientilla se ha vengado a man-

salva por intermedio del duende—«un hombrecito chiquito, vestido de padre».

Por eso, bajo la fábula de apariciones y de embrujos de este libro de *Januario Espinosa* reconocemos un trozo viviente de la tierra chilena, su alma simple y tosca, sus veleidades imaginativas, su simplicidad de colorido y lo violento de sus reacciones. En el amor, tímida; en el crimen, feroz.

El autor de «*Pillán*» tiene una manera tan apacible de contar, que los primeros capítulos se deslizan con el ritmo soñoliento de una melopea, en la cual se reitera hasta la obsesión aquello de

«Martes hoy, martes mañana;
Martes toda la semana...»

Pero luego el cerco se estrecha, el conflicto sobreviene rápido y brutal, pasando a llevarse todo por delante, como una bestia enardecida. Con todo, a la legua se ve que al autor le interesan más las pasiones y las preocupaciones ordinarias de sus paisanos que las fábulas de su imaginación, por exaltadas que sean. Su horror constitucional de lo arbitrario, su ponderación y su bonhomía, deben hacer de *Januario* un contertulio amablemente escéptico en esas veladas de provincia en torno al brasero donde se cocinan las historias de aquellarre.

Fuera de esto, el lector irá encontrando en las páginas de «*Pillán*» esa visión campechana de la vida rural y pueblecina que brota como una emanación espontánea del espíritu sereno, abierto y generoso de este escritor.—ERNESTO MONTENEGRO.



ROMAIN ROLLAND, por *Stefan Zweig*.

En un tono panegírico que no disminuye un instante, *Stefan Zweig* ha hecho la biografía de *Romain Rolland* (1).

(1) Editorial Cultura.—Santiago de Chile.